

OLISA H. MARTINEZ

# LENGUAJE

Y

# LITERATURA

PARA LA  
ENSEÑANZA  
PRIMARIA

# 1

GRADO  
SUPERIOR

30<sup>cts</sup>  
EN TODA LA  
REPUBLICA

EDITORIAL TOR

LENGUAJE  
Y  
LITERATURA



---

*Este libro responde a los Programas aprobados por el H. Consejo Nacional de Educación el 17 de julio de 1939.*

---

## BIBLIOTECA DEL ESCOLAR

### TOMOS PUBLICADOS

*Para la enseñanza del CASTELLANO*

1. L. H. Martínez Lenguaje y Literatura 1o. gr. inf.
  2. L. H. Martínez Lenguaje y Literatura 1o. gr. sup.
  3. L. H. Martínez Lenguaje y Literatura 2o. grado
  4. L. H. Martínez Lenguaje y Literatura 3o. grado
  5. L. H. Martínez Lenguaje y Literatura 4o. grado
  6. L. H. Martínez Lenguaje y Literatura 5o. grado
  7. L. H. Martínez Lenguaje y Literatura 6o. grado
-

34,588

2/025  
LUISA H. MARTINEZ

**LENGUAJE Y LITERATURA**  
para la enseñanza primaria

**1 GRADO**  
**SUPERIOR**

**EDITORIAL TOR**

Rio de Janeiro 760  
BUENOS AIRES

124 X 180  
BIBLIOTECA NACIONAL  
DE MAESTROS

---

ES PROPIEDAD. — Queda  
hecho el depósito que marca la  
ley. — Copyright 1940, by  
Luisa H. Martínez.

---

# LENGUAJE

# LAS LETRAS

a	b	c
ch	d	e
f	g	h
i	j	k
l	ll	m
n	ñ	o
p	q	r
rr	s	t
u	v	w
x	y	z

## Las vocales

a e i o u

## Las consonantes

b	c	ch	d	f
g	h	j	k	l
ll	m	n	ñ	p
q	r	rr	s	t
v	w	x	y	z

## Las palabras y las sílabas

Varias letras pronunciadas en una sola emisión de voz, forman una **sílaba**; varias sílabas forman una **palabra**.

### Sílabas:

sol, la, el, an, trans,

or, tu, ble, ins, etc.

### Palabras:

tul cable

soldado receta

abanico transparente

## Palabras de una sola sílaba

sol	cal	te
luz	gas	tal
as	el	la
tu	a	sin

## Palabras de dos sílabas

casa	alma	tarro
cola	papel	atar
velo	tiza	mesa
	niño	

## Palabras de tres sílabas

árboles    relojes    tijera

ropero    acento    tulipán

vereda    pañuelo

## Palabras de más de tres sílabas

constitución

relámpago

archipiélago

trabajadores

## Ejercicios

para afianzar el conocimiento de algunas sílabas y ciertos grupos de consonantes.

— Sílabas **que**:

buque                      queso

banquete                quemadura

peluquero                paquete

— Sílabas **qui**:

mosquito                barquito

esquina                 quina

máquina                alquiler

— Sílabas ce:

celeste           cebolla

cena              cepillo

acero             aguacero

— Sílabas ci:

bicicleta        bocina

cocina           cigarra

vecino           ciruela

— Sílabas gue:

higuera

lechuguera

guerra

soguero

— Sílabas **gui**:

guiso                      guitarra

águila                    guisante

Guillermo                Guido

— Sílabas **güe** y **güi**:

Agüero                    cigüeña

Güemes                    pingüino

paragüitas                enagüitas

lengüita                    agüita

— Sílabas **hue**:

huevo — hueso — hueco

huella — huero

— **hue** seguida de consonante:

huelga — huerto — huérfano

— Sílabas **ge gi:**

gemelo

género

gemido

girasol

regimiento

gigante

— Sílabas **je ji:**

jefe

pasaje

traje

pasajero

mejilla

jinete

jirafa

tejido

— Grupo ct:

Víctor — Octavio — Victoria  
doctor — activo — director  
lector

— Grupo cc:

dirección — acción — fracción  
inspección—lección—corrección

— Grupo gn:

digno - magnífico - ignorante  
magnesia - magnolia - Ignacio

— Grupo mn:

himno          alumno  
columna        gimnasia  
                  insomnio

## Uso de la "r"

### R inicial:

Rosa	Roberto
Raúl	regimiento

### R precedida de n l s:

Enrique	alrededor
honrado	enredo
	israelita

### R y rr entre vocales:

cerro	cerro
careta	carreta
pera	perra
coro	corro
caro	carro

## Vocales fuertes contiguas

a e o

maestro león

teatro peor

peón Rafael

poeta

## Vocales fuertes con interposición de h o sin ella

alcohol leer

zanahoria releer

almohada ahorro

**P a l a b r a s**  
con las que no se debe formar  
**diptongo**

**NO DEBE  
PRONUNCIARSE:**

país

páis

raíz

ráiz

maíz

máiz

Raúl

Rául

baúl

bául

caída

cáida

paraíso

paráiso

transeúnte

transéunte



## EXPLICACION DE TERMINOS



### LA COMETA

Juguete de niños compuesto de una armazón plana de papel y cañas, que los muchachos hacen volar, sujetándolo con un largo cordel.

**Pandorga:** significa lo mismo que cometa.

“Dan al viento los niños infinitas pandorgas, con navaja, y en batalla; y a cada triunfo un clamoreo estalla en el hueco inmortal de Cabecitas.”

Rafael Obligado

(De “*Las quintas de mi tiempo*”)

## LOS CABALLITOS o EL TIOVIVO

“Recreo de feria que consiste en una máquina giratoria que arrastra en su movimiento caballitos de madera.”

### CABALLITOS

Pegasos, lindos pegasos,  
caballitos de madera.

.....

Yo conocí, siendo niño,  
la alegría de dar vueltas  
sobre un corcel colorado,  
en una noche de fiesta.

En el aire polvoriento  
chispeaban las candelas,  
y la noche azul ardía,  
toda sembrada de estrellas.

Alegrías infantiles  
que cuestan una moneda  
de cobre, lindos pegasos,  
caballitos de madera.

**Antonio Machado.**

## LA GALLINA CIEGA

Juego de muchachos en que uno con los ojos vendados ha de atrapar a otro y conocerle.

---

El origen de este juego:

“La gallina ciega no es tan vieja, aunque hace como mil años que se juega en Francia. Y los niños no saben, cuando se les vendan los ojos, que este juego se juega por un caballero muy valiente, que hubo en Francia, que se quedó ciego un día de pelea y no soltó la espada hasta morir: ese fué el caballero Collin-Maillard. Luego el rey mandó que en las peleas de juego, que se llama-

ban torneos, saliera siempre a pelear un caballero con los ojos vendados, para que la gente de Francia no se olvidara de aquel gran valor. Y de ahí vino el juego.”

**José Martí.**

**PARA RECITAR:**

“Ciertos animalitos,  
todos de cuatro pies,  
a la gallina ciega  
jugaban una vez.

Un perrillo, una zorra  
y un ratón, que son tres;  
una ardilla, una liebre  
y un mono, que son seis.”

**Tomás de Iriarte.**

(De *El topo y otros animales*).

## EL TROMPO

Juguete de madera, cónico y terminado en una púa de hierro, al cual se arrolla una cuerda para lanzarlo y hacerlo bailar.

---

El trompo se llama también **peonza**.

Si tiene un manguillo en la parte superior, para hacerlo girar, se llama **perinola**.

## LA LLUVIA.

Conversación acerca de lo que se observa en un día de lluvia, tanto en el campo como en la ciudad.

### VOCABULARIO:

**Lloviznar** — Lluvia fina y persistente.

**Diluviar** — Llover a cántaros; lluvia torrencial, el agua que cae como en un torrente.

**Chaparrón y aguacero** — Lluvia fuerte y de corta duración.

**Chubasco y turbión** — Aguacero acompañado de mucho viento.

Palabras regionales: **garúa** y **garuar**. Significan llovizna y lloviznar.

## EL MOBLAJE.

Los principales muebles de un dormitorio:

cama

ropero

mesita de luz

cómoda

sillas.

Los principales muebles de un comedor:

mesa

sillas

aparador

trinchante.

PARA RECITAR:

“La cama, cama de hierro  
así como el paladín.  
Linda cortina floreada  
por discreto baldaquín.

Y una cómoda, un lavabo;  
una mesa de escribir;  
unas sillas y un sofá,  
que son de verde tapiz.”

**Arturo Capdevila.**

*(Romançe de la muerte del  
general San Martín).*

## La palabra HAMACA.

“Red que se cuelga por los extremos y sirve de cama y columpio.”

NO

debe confundirse la hamaca con la mecedora, que es una silla de brazos cuyos pies descansan sobre dos arcos y en la cual puede mecerse el que se sienta en ella.

## LOS OFICIOS.

Conversación acerca de:

**el barquillero**

**el calderero**

**el carbonero**

**el carnicero**

**el cigarrero**

**el colchonero**

**el frutero**

**el sillero**

**el verdulero**

**el zapatero**

## **Vendedores de frutas:**

limero

limonero

naranjero

## **Vendedores de verduras:**

ajero

calabacero

cebollero

lechuguero

rabanero

**Pescador:** el que pesca.

**Pescadero:** el que vende pescado.

**Guitarrero:** el que se ocupa de guitarras.

**Guitarrista:** el músico que toca la guitarra.

## VOCABULARIO

ALIMENTOS	VENDEDOR	TIENDA O PUESTO
carne	carnicero	carnicería
verdura	verdulero	verdulería
fruta	frutero	frutería
leche	lechero	lechería
queso	quesero	quesería
pescado	pescadero	pescadería

# I

PRODUCTOS	VENDEDOR	TIENDA O PUESTO
aceite	aceitero	aceitería
cerveza	cervecero	cervecería
horchata	horchatero	horchatería
aloja	alojero	alojería

# II

chocolate	chocolatero	chocolatería
queso	quesero	quesería
pan	panadero	panadería
pastel	pastelero	pastelería

# III

bonete	bonetero	bonetería
camisa	camisero	camisería
gorra	gorrero	gorrería
sombrero	sombrerero	sombrerería

## IV

PRODUCTOS	VENDEDOR	TIENDA O FABRICA
guante	guantero	guantería
jabón	jabonero	jabonería
peine	peinero	peinería
ropa	ropero	ropería

## V

arma	armero	armería
cuchillo	cuchillero	cuchillería
reloj	relojero	relojería
joya	joyero	joyería.

## VI

caldera	calderero	calderería
cacharro	cacharrero	cacharrería
odre	odrero	odrería
olla	ollero	ollería

## VOCES DE ANIMALES

El perro	ladra
El caballo	relincha
El gato	maúlla
La vaca	muje
La oveja	bala
El cerdo	gruñe
El lobo	aúlla
El león	ruge
La clueca	cloquea
La gallina	cacarea
La paloma	zurea
La serpiente	silba

El perro además de **ladrar**

**aúlla**

**gruñe**

**y late.**

**Formar oraciones con las siguientes palabras:**

rebuzno

relincho

maullido

cloqueo

cacareo

zureo

gruñido

rugido

aullido

balido

mugido

silbido

## EL RELOJ

Conversación acerca de la hora.

La hora, el minuto, el segundo.

### VOCABULARIO:

reloj de pulsera

despertador

reloj de repetición

clepsidra

reloj de arena

No debe decirse:

¿Qué horas son?

Debe decirse:

¿Qué hora es?

## DIALOGO:

—¿Qué hora es?

—Son las ocho.

---

—¿A qué hora llegará tío?

—Llegará a las quince.

---

A la palabra que indica el número de la hora, o sea el **numeral**, no debe agregarse la palabra **horas**.

**No** debe decirse:

“Son las quince horas”.

**Debe** decirse:

“Son las quince”.



# ARBOLES FRUTALES

Nombre del árbol	Fruto
cerezo	cereza
ciruelo	ciruela
chirimoyo	chirimoya
damasco	damasco
plátano	plátano
limero	lima
limonero	limón
manzano	manzana
naranja	naranja
peral	pera
duraznero	durazno

Nombre de los sitios poblados por  
árboles frutales:

cerezal

limonar

manzanar

naranjal

platanar

## S a b o r

El azúcar es  
dulce.

La miel es  
dulce.

El vinagre es  
agrio.

La quinina es  
amarga.

El acíbar es  
amargo.

El agua es  
insípida (sin sabor).

Ejercicios de vocabulario que se refieren al **color**:

La leche es **blanca**.

El carbón es **negro**.

La nieve es **blanca**.

La sangre es **roja**.

El oro es **amarillo**.

El cielo es **azul**.

El agua es **incolora** (sin color)

## O f i c i o s

El lechero vende **leche**.

El tonelero hace **toneles**.

La chalequera hace **chalecos**.

El pescador vende **pescado**.

El porquero cuida los **puercos**.

El zapatero hace **zapatos**.

El verdulero vende **verduras**.

El yegüero cuida las **yeguas**.

El fruteró vende **frutas**.

El sillero hace **sillas**.

## A r b o l e s

El naranjo da **naranjas**.

El manzano produce **manzanas**.

El árbol que da peras se llama **peral**.

El árbol que produce limones se llama **limonero**.

Cerezal es el sitio poblado de **ce-rezos**.

## U t e n s i l i o s

**de cocina y de la mesa**

En el salero se pone la **sal**.

La ensalada se sirve en la **ensa-ladera**.

La sartén sirve para **freír**.

En la salsera se sirve la **salsa**.

Con la espumadera se quita la **es-puma** del caldo.

## COORDINAR ORACIONES

José trabaja.

Alberto corre.

Lola juega.

José trabaja, Alberto  
corre y Lola juega.

Pedro estudia.

Roberto estudia.

Pedro y Roberto  
estudian.

Filomena lava.

Filomena plancha.

Filomena lava y plancha.

Delia es sana.

Delia es hermosa.

Delia es sana y hermosa.

# LITERATURA



## LA ABEJA HARAGANA

Había una vez en una colmena una abeja que no quería trabajar. Es decir, recorría los árboles uno por uno para tomar el jugo de las flores; pero en vez de conservarlo para convertirlo en miel, se lo tomaba del todo.

Era, pues, una abeja haragana. Todas las mañanas, apenas el sol calentaba el aire, la abejita se asomaba a la puerta de la colmena, veía que hacía buen tiempo, se peinaba

con las patas, como hacen las moscas, y echaba entonces a volar, muy contenta del lindo día.

Como las abejas son muy serias, comenzaron a disgustarse con el proceder de la hermana haragana. En la puerta de las colmenas hay siempre unas cuantas abejas que están de guardia.

Un día, pues, detuvieron a la abeja haragana cuando iba a entrar, diciéndole:

—Compañera: es necesario que trabajes, porque todas las abejas debemos trabajar.

La abejita contestó:

—Yo ando todo el día volando, y me canso mucho.

—No es cuestión de que te canses mucho — respondieron — sino de que trabajes un poco. Es la primera advertencia que te hacemos.

Y diciendo así la dejaron pasar.

Pero la abeja haragana no se corregía. De modo que a la tarde siguiente, las abejas que estaban de guardia le dijeron:

—Hay que trabajar, hermana.

Y ella respondió en seguida:

—¡Uno de estos días lo voy a hacer!

—No es cuestión de que lo hagas uno de estos días — le respondieron, — sino mañana mismo. Acuérdate de esto.

Y la dejaron pasar.

Al anochecer siguiente se repitió la misma cosa. Antes de que le dijeran nada, la abejita exclamó:

—¡Sí, sí, hermanas! ¡Ya me acuerdo de lo que he prometido!

—No es cuestión de que te acuerdes de lo prometido — le respondieron — sino de que trabajes. Hoy es

19 de abril. Pues bien: trata de que mañana, 20, hayas traído una gota siquiera de miel. Y ahora pasa.

Y diciendo esto se apartaron para dejarla entrar.

Pero el 20 de abril pasó en vano como todos los demás. Con la diferencia de que al caer el sol el tiempo se descompuso y comenzó a soplar un viento frío.

La abejita haragana voló apresurada hacia su colmena, pensando en lo calentito que estaría dentro. Pero cuando quiso entrar, las abejas que estaban de guardia se lo impidieron.

—No se entra — le dijeron fríamente.

—¡Yo quiero entrar! — clamó la abejita—. Esta es mi colmena.

—Esta es la colmena de unas pobres abejas trabajadoras — le con-

testaron las otras—. No hay entrada para las haraganas.

—¡Mañana sin falta voy a trabajar! — insistió la abejita.

—No hay mañana para las que no trabajan — respondieron las abejas, que saben mucha filosofía.

Y esto diciendo la empujaron afuera.

La abejita, sin saber qué hacer, voló un rato aún; pero ya la noche caía, y se veía apenas. Quiso cogerse de una hoja, y cayó al suelo. Tenía el cuerpo entumecido por el aire frío, y no podía volar más.

Arrastrándose entonces por el suelo, trepando y bajando de los palitos y piedritas que le parecían montañas, llegó a la puerta de la colmena, a tiempo que comenzaban a caer frías gotas de lluvia.

—¡Ay, mi Dios! — exclamó la des-

amparada.— ¡Va a llover, y me voy a morir de frío!

Y tentó entrar en la colmena.

Pero de nuevo le cerraron el paso.

—¡Perdón! — gimió la abeja—. ¡Déjenme entrar!

—Ya es tarde — le respondieron.

—¡Por favor, hermanas! ¡Tengo sueño!

--Es más tarde aún.

—¡Compañeras, por piedad! ¡Tengo frío!

—Imposible.

—¡Por última vez! ¡Me voy a morir!

Entonces le dijeron:

—No, no morirás. Aprenderás en una sola noche lo que es el descanso ganado con el trabajo. Vete.

Y la echaron.

Entonces, temblando de frío, con

las alas mojadas y tropezando, la abeja se arrastró, se arrastró, hasta que de pronto rodó por un agujero y se halló bruscamente ante una víbora, una culebra verde de lomo color ladrillo, que la miraba enroscada y presta a lanzarse sobre ella.

Las culebras comen abejas, que les gustan mucho. Por esto la abejita, al encontrarse ante su enemiga, murmuró cerrando los ojos:

—¡Adiós, mi vida! Esta es la última hora que yo veo la luz.

Pero con gran sorpresa suya, la culebra no solamente no la devoró sino que le dijo:

—¿Qué tal, abejita? No has de ser muy trabajadora para estar aquí a estas horas.

—Es cierto —murmuró la abeja.  
— No trabajo, y yo tengo la culpa.

—Siendo así — agregó la culebra burlona — voy a quitar del mundo un mal bicho como tú. Te voy a comer, abeja.

Y se echó atrás, para lanzarse sobre la abeja. Pero ésta exclamó:

—Usted hace eso porque es menos inteligente que yo.

—¿Yo menos inteligente que tú, mocosa? — se rió la culebra.

—Así es — afirmó la abeja.

—Pues bien — dijo la culebra—, vamos a verlo. Vamos a hacer dos pruebas. El que haga la prueba más rara, ese gana. Si gano yo, te como.

—¿Y si gano yo? — preguntó la abejita.

—Si ganas tú — repuso su enemiga — tienes el derecho de pasar la noche aquí.

—Aceptado — contestó la abeja.

La culebra salió un instante afue-

ra. Y volvió trayendo una cápsula de semillas de eucalipto.

—Esto es lo que voy a hacer —dijo la culebra—. Fíjate bien, ¡atención!

Y arrollando vivamente la cola alrededor del trompito como un piolín, la desenvolvió a toda velocidad, con tanta rapidez que el trompito quedó bailando y zumbando como un loco.

Cuando el trompito, que se había quedado dormido zumbando, cayó por fin al suelo, la abeja dijo:

—Esa prueba es muy linda, y yo nunca podré hacer eso.

—Entonces, te como — exclamó la culebra.

—¡Un momento! Yo no puedo hacer eso; pero hago una cosa que nadie hace. Desaparecer.

—¿Cómo? — exclamó la culebra

dando un salto de sorpresa—. ¿Desaparecer sin salir de aquí?

—Sin salir de aquí.

—¿Y sin esconderte en la tierra?

—Sin esconderme en la tierra.

—¡Pues bien, hazlo! Y si no lo haces, te como en seguida — dijo la culebra.

El caso es que mientras el trompito bailaba, la abeja había tenido tiempo de examinar la caverna, y había visto una plantita que crecía allí. Era un arbustillo, casi un yuyito, con grandes hojas del tamaño de una moneda de dos centavos.

La abeja se arrimó a la plantita, cuidando de no tocarla, y dijo así:

—Ahora me toca a mí, señora culebra. Me va a hacer el favor de darse vuelta, y contar hasta tres. Cuando diga “tres”, búsqueme por todas partes, ¡ya no estaré más!

Y así pasó, en efecto. La culebra dijo rápidamente: “uno . . . , dos . . . , tres”, y se volvió y abrió la boca cuan grande era, de sorpresa: allí no había nadie. Miró arriba, abajo, a todos lados, recorrió los rincones, la plantita, tanteó todo con la lengua. Inútil: la abeja había desaparecido.

La culebra comprendió entonces que si su prueba del trompito era muy buena, la prueba de la abeja era simplemente extraordinaria. ¿Qué se había hecho? ¿Dónde estaba?

No había modo de hallarla.

—¡Bueno! — exclamó por fin —. Me doy por vencida. ¿Dónde estás?

Una voz que apenas se oía — la voz de la abejita salió del medio de la cueva.

—¿No me vas a hacer nada? —di-

jo la voz—. ¿Puedo contar con tu juramento?

—Sí — respondió la culebra —. Te lo juro. ¿Dónde estás?

—Aquí — respondió la abejita, apareciendo súbitamente de entre una hoja cerrada de la plantita.

¿Qué había pasado? Una cosa muy sencilla: la plantita en cuestión era una sensitiva, muy común también aquí en Buenos Aires, y que tiene la particularidad de que sus hojas se cierran al menor contacto. Solamente que esta aventura pasaba en Misiones, donde la vegetación es muy rica, y por lo tanto muy grandes las hojas de las sensitivas. De aquí que al contacto de la abeja, las hojas se cerraron, ocultando completamente al insecto.

La inteligencia de la culebra no había alcanzado nunca a darse

cuenta de ese fenómeno; pero la abeja lo había observado, y se aprovechaba de él para salvar su vida.

La culebra no dijo nada, pero quedó muy irritada con su derrota, tanto que la abeja pasó toda la noche recordando a su enemiga la promesa que había hecho de respetarla.

Fué una noche larga, interminable.

Cuando llegó el día, y salió el sol, porque el tiempo se había compuesto, la abejita voló y lloró otra vez en silencio ante la puerta de la colmena hecha por el esfuerzo de la familia. Las abejas de guardia la dejaron pasar sin decirle nada, porque comprendieron que ya no era la paseandera haragana de antes sino que había hecho en sólo una noche un duro aprendizaje de la vida.

Así fué, en efecto. En adelante ninguna como ella recogió tanto polen ni fabricó tanta miel.

**Horacio Quiroga.**

## LA TORTUGA GIGANTE

Había una vez un hombre que vivía en Buenos Aires, y estaba muy contento porque era un hombre sano y trabajador. Pero un día se enfermó, y los médicos le dijeron que solamente yéndose al campo podría curarse. El no quería ir porque tenía hermanos chicos, a quienes daba de comer; y se enfermaba cada día más. Hasta que un amigo suyo, que era director del zoológico, le dijo un día:

—Usted es amigo mío, y es un

hombre bueno y trabajador. Por eso quiero que se vaya a vivir al monte, a hacer mucho ejercicio al aire libre para curarse. Y como usted tiene mucha puntería con la escopeta, cace bichos del monte para traernos los cueros, y yo le daré plata adelantada para que sus hermanos puedan comer bien.

El hombre aceptó, y se fué a vivir al monte, lejos, más lejos que Misiones todavía. Hacía mucho calor, y eso le hacía bien.

Vivía solo en el bosque, y él mismo se cocinaba. Comía pájaros y bichos del monte, que cazaba con la escopeta, y después comía frutas. Dormía bajo los árboles, y cuando hacía mal tiempo construía en cinco minutos una ramada con hojas de palmera, y allí pasaba sentado y fumando, muy contento en medio del

bosque que bramaba con el viento y la lluvia.

Había hecho un atado con los cueros de los animales, y lo llevaba al hombro. Había también agarrado vivas muchas víboras venenosas, y las llevaba dentro de un gran mate, porque allá hay mates tan grandes como una lata de kerosene.

El hombre tenía otra vez buen color, estaba fuerte y tenía apetito. Precisamente un día que tenía mucha hambre, porque hacía dos días que no cazaba nada, vió a la orilla de una gran laguna un tigre enorme que quería comer una tortuga, y la ponía parada de canto para meter dentro una pata y sacar la carne con las uñas. Al ver al hombre el tigre lanzó un rugido espantoso y se lanzó de un salto sobre él. Pero el cazador, que tenía una gran pun-

tería, le apuntó entre los dos ojos, y le rompió la cabeza. Después le sacó el cuero, tan grande que él solo podría servir de alfombra para un cuarto.

—Ahora — se dijo el hombre —, voy a comer tortuga, que es una carne muy rica.

Pero cuando se acercó a la tortuga, vió que estaba ya herida, y tenía la cabeza casi separada del cuello, y la cabeza colgaba casi de dos o tres hilos de carne.

A pesar del hambre que sentía, el hombre tuvo lástima de la pobre tortuga, y la llevó arrastrando con una soga hasta su ramada y le vendó la cabeza con tiras de género que sacó de su camisa, porque no tenía más que una sola camisa, y no tenía trapos. La había llevado arrastrando porque la tortuga era inmen-

sa, tan alta como una silla, y pesaba como un hombre.

La tortuga quedó arrimada a un rincón, y allí pasó días y días sin moverse.

El hombre la curaba todos los días, y después le daba golpecitos con la mano sobre el lomo.

La tortuga sanó por fin. Pero entonces fué el hombre quien se enfermó. Tuvo fiebre, y le dolía todo el cuerpo.

Después no pudo levantarse más. La fiebre aumentaba siempre, y la garganta le quemaba de tanta sed. El hombre comprendió, entonces, que estaba gravemente enfermo, y habló en voz alta, aunque estaba solo, porque tenía mucha fiebre.

—Voy a morir — dijo el hombre.  
— Estoy solo, ya no puedo levantarme más, y no tengo quién me dé

agua, siquiera. Voy a morir aquí de hambre y de sed.

Y al poco rato la fiebre subió más aún, y perdió el conocimiento.

Pero la tortuga lo había oído, y entendió lo que el cazador decía. Y ella pensó entonces:

—El hombre no me comió la otra vez, aunque tenía mucha hambre, y me curó. Yo le voy a curar a él ahora.

Fué entonces a la laguna, buscó una cáscara de tortuga chiquita, y después de limpiarla bien con arena y ceniza la llenó de agua y le dió de beber al hombre, que estaba tendido sobre su manta y se moría de sed. Se puso a buscar en seguida raíces ricas y yuyitos tiernos, que le llevó al hombre para que comiera. El hombre comía sin darse cuenta de quién le daba la comida, porque te-

nía delirio con la fiebre y no conocía a nadie.

Todas las mañanas, la tortuga recorría el monte buscando raíces cada vez más ricas para darle al hombre, y sentía no poder subirse a los árboles para llevarle frutas.

El cazador comió así días y días sin saber quién le daba la comida, y un día recobró el conocimiento. Miró a todos lados, y vió que estaba solo, pues allí no había más que él y la tortuga que era un animal. Y dijo otra vez en voz alta:

—Estoy solo en el bosque, la fiebre va a volver de nuevo, y yo voy a morir aquí, porque solamente en Buenos Aires hay remedios para curarme. Pero nunca podré ir, y voy a morir aquí.

Y como él lo había dicho, la fiebre volvió esa tarde, más fuerte que

antes, y perdió el conocimiento.

Pero también esta vez la tortuga lo había oído, y se dijo:

—Si queda aquí en el monte se va a morir, porque no hay remedios, y tengo que llevarlo a Buenos Aires.

Dicho esto, cortó enredaderas finas y fuertes, que son como piolas, acostó con mucho cuidado al hombre encima de su lomo, y lo sujetó bien con las enredaderas para que no cayese. Hizo muchas pruebas para acomodar bien la escopeta, los cueros y el mate con víboras, y al fin consiguió lo que quería, sin molestar al cazador, y emprendió entonces el viaje.

La tortuga, cargada así, caminó, caminó y caminó de día y de noche. Atravesó montes, campos, cruzó a nado ríos de una legua de ancho, y atravesó pantanos en que quedaba

casi enterrada, siempre con el hombre moribundo encima. Después de ocho o diez horas de caminar se detenía, deshacía los nudos, y acostaba al hombre con mucho cuidado, en un lugar donde hubiera pasto bien seco.

Iba entonces a buscar agua y raíces tiernas, y le daba al hombre enfermo. Ella comía también, aunque estaba tan cansada que prefería dormir.

A veces tenía que caminar al sol; y como era verano, el cazador tenía tanta fiebre que deliraba y se moría de sed. Gritaba: ¡agua! ¡agua!, a cada rato. Y cada vez la tortuga tenía que darle de beber.

Así anduvo días y días, semana tras semana. Cada vez estaban más cerca de Buenos Aires, pero también cada día la tortuga se iba debi-

litando, cada día tenía menos fuerza, aunque ella no se quejaba. A veces quedaba tendida, completamente sin fuerzas, y el hombre recobrabá a medias el conocimiento. Y decía, en voz alta:

—Voy a morir, estoy cada vez más enfermo, y sólo en Buenos Aires me podría curar. Pero voy a morir aquí, solo en el monte.

El creía que estaba siempre en la ramada, porque no se daba cuenta de nada. La tortuga se levantaba entonces, y emprendía de nuevo el camino.

Pero llegó un día, un atardecer, en que la pobre tortuga no pudo más. Había llegado al límite de sus fuerzas, y no podía más. No había comido desde hacía una semana para llegar más pronto. No tenía más fuerza para nada.

Cuando cayó del todo la noche, vió una luz lejana en el horizonte, un resplandor que iluminaba el cielo, y no supo qué era. Se sentía cada vez más débil, y cerró entonces los ojos para morir junto con el cazador, pensando con tristeza que no había podido salvar al hombre que había sido bueno con ella.

Y sin embargo, estaba ya en Buenos Aires, y ella no lo sabía. Aquella luz que veía en el cielo era el resplandor de la ciudad, e iba a morir cuando estaba ya al fin de su heroico viaje.

Pero un ratón de la ciudad — posiblemente el ratoncito Pérez — encontró a los dos viajeros.

— ¡Qué tortuga! — dijo el ratón. — Nunca he visto una tortuga tan grande. ¿Y eso que llevas en el lomo, qué es? ¿Es leña?

—No — le respondió con tristeza la tortuga—. Es un hombre.

—¿Y dónde vas con ese hombre?  
— añadió el curioso ratón.

—Voy... voy... Quería ir a Buenos Aires — respondió la pobre tortuga en una voz tan baja que apenas se oía. — Pero vamos a morir aquí, porque nunca llegaré...

—¡Ah, zonza, zonza! — dijo riendo el ratoncito. — ¡Nunca vi una tortuga más zonza! ¡Si ya has llegado a Buenos Aires! Esa luz que ves allá, es Buenos Aires.

Al oír esto, la tortuga se sintió con una fuerza inmensa porque aun tenía tiempo de salvar al cazador, y emprendió la marcha.

Y cuando era de madrugada todavía, el director del Jardín Zoológico vió llegar a una tortuga embarrada y sumamente flaca, que traía

acostado en su lomo y atado con enredaderas, para que no se cayera, a un hombre que se estaba muriendo. El director reconoció a su amigo, y él mismo fué corriendo a buscar remedios, con los que el cazador se curó en seguida.

Cuando el cazador supo cómo lo había salvado la tortuga, no quiso separarse más de ella. Y como él no podía tenerla en su casa, que era muy chica, el director del zoológico se comprometió a tenerla en el jardín, y a cuidarla como si fuera su propia hija. Y el cazador iba a verla diariamente.

**Horacio Quiroga.**



## LAS MEDIAS DE LOS FLAMENCOS

Cierta vez las víboras dieron un gran baile. Invitaron a las ranas y a los sapos, a los flamencos, y a los yacarés y a los pescados. Los pescados, como no caminan, no pudieron bailar; pero siendo el baile a la orilla del río, los pescados estaban asomados a la arena, y aplaudían con la cola.

Los yacarés, para adornarse bien, se habían puesto en el pescuezo un collar de bananas, y fumaban ciga-

rros paraguayos. Los sapos se habían pegado escamas de pescado en todo el cuerpo, y caminaban meneándose, como si nadaran. Y cada vez que pasaban muy serios por la orilla del río, los pescados les gritaban haciéndoles burla.

Las ranas se habían perfumado todo el cuerpo, y caminaban en dos pies. Además, cada una llevaba colgada como un farolito, una luciérnaga que se balanceaba.

Pero las que estaban hermosísimas eran las víboras. Todas, sin excepción, estaban vestidas con traje de bailarina, del mismo color de cada víbora. Las víboras coloradas llevaban una pollerita de tul colorado; las verdes, una de tul verde; las amarillas otra de tul amarillo; y las yararás, una pollerita de tul gris pintada con rayas de polvo de ladri-

llo y ceniza, porque así es el color de las yararás.

Y las más espléndidas de todas eran las víboras de coral, que estaban vestidas con larguísimas gasas rojas, blancas y negras, y bailaban como serpentinas.

Sólo los flamencos, que entonces tenían las patas blancas, estaban tristes, porque como tienen muy poca inteligencia, no habían sabido cómo adornarse. Envidiaban el traje de todos, y sobre todo el de las víboras de coral. Cada vez que una víbora pasaba por delante de ellos, coqueteando y haciendo ondular las gasas de serpentina, los flamencos se morían de envidia.

Un flamenco dijo entonces:

—Yo sé lo que vamos a hacer. Vamos a ponernos medias coloradas, blancas y negras, y las víboras de

coral se van a enamorar de nosotros.

Y levantando todos juntos el vuelo, cruzaron el río y fueron a golpear en un almacén del pueblo.

—¡Tán - tán! — pegaron con las patas.

—¿Quién es? — respondió el almacenero.

—Somos los flamencos. ¿Tiene medias coloradas, blancas y negras?

—No, no hay — contestó el almacenero—. ¿Están locos? En ninguna parte van a encontrar medias así.

Los flamencos recorrieron así todos los almacenes, y de todas partes los echaban por locos.

Entonces un tatú que había ido a tomar agua al río, se quiso burlar de los flamencos y les dijo, haciéndoles un gran saludo:

—¡Buenas noches, señores fla-

mencos! Yo sé lo que ustedes buscan. No van a encontrar medias así en ningún almacén. Tal vez haya en Buenos Aires, pero tendrán que pedir las por encomienda postal. Mi cuñada, la lechuza, tiene medias así. Pídanse las, y ella les va a dar las medias coloradas, blancas y negras.

Los flamencos le dieron las gracias, y se fueron volando a la cueva de la lechuza. Y le dijeron:

—¡Buenas noches, lechuza! Venimos a pedirte las medias coloradas, blancas y negras.

—¡Con mucho gusto! — respondió la lechuza—. Esperen un segundo, y vuelvo en seguida.

Y echando a volar, dejó solos a los flamencos; y al rato volvió con las medias. Pero no eran medias, sino cueros de víboras de coral, lindísimos cueros recién sacados a las ví-

boras que la lechuza había cazado.

—Aquí están las medias — les dijo la lechuza—. No se preocupen de nada, sino de una sola cosa: bailen toda la noche, bailen sin parar un momento.

Locos de alegría, se pusieron los cueros de las víboras de coral como medias, metiendo las patas dentro. Y muy contentos se fueron volando al baile.

Cuando vieron a los flamencos con sus hermosísimas medias, todos les tuvieron envidia. Las víboras querían bailar con ellos únicamente, y como los flamencos no dejaban un instante de mover las patas, las víboras no podían ver bien de qué estaban hechas aquellas preciosas medias.

Pero poco a poco, sin embargo, las víboras comenzaron a desconfiar.

Pero los flamencos bailaban y bailaban sin cesar, aunque estaban cansadísimos y ya no podían más.

Las víboras de coral, que conocieron esto, pidieron en seguida a las ranas sus farolitos, que eran bichitos de luz, y esperaron todas juntas a que los flamencos se cayeran de cansados .

Efectivamente, unos minutos después un flamenco, que ya no podía más, tropezó con el cigarro de un yacaré, se tambaleó y cayó de costado. En seguida las víboras de coral corrieron con sus farolitos, y alumbraron bien las patas del flamenco. Y vieron qué eran aquellas medias, y lanzaron un silbido que se oyó desde la otra orilla del Paraná.

—¡No son medias! — gritaron las víboras—. ¡Sabemos lo que es! ¡Nos han engañado! ¡Los flamencos han

matado a nuestras hermanas y se han puesto sus cueros como medias! ¡Las medias que tienen son de víboras de coral!

Entonces, se lanzaron sobre ellos, y enroscándose en sus patas les deshicieron a mordiscones las medias. Les arrancaban las medias a pedazos, enfurecidas, y les mordían también las patas, para que murieran.

Los flamencos, locos de dolor, saltaban de un lado para otro. Corrieron a echarse al agua, y sus patas, que eran blancas, estaban entonces coloradas por el veneno de las víboras.

Hace de esto muchísimo tiempo. Y ahora todavía están los flamencos casi todo el día con sus patas coloradas metidas en el agua, tratando de calmar el ardor que sienten en ellas.

Esta es la historia de los flamencos, que antes tenían las patas blancas, y ahora las tienen coloradas. Todos los pescados saben por qué es, y se burlan de ellos. Pero los flamencos, mientras se curan en el agua, no pierden ocasión de vengarse, comiéndose a cuanto pescadito se acerca demasiado a burlarse de ellos.

**Horacio Quiroga.**



## L A S G A F A S

Como se acercaba el día de San Isidro, multitud de gente rústica había acudido a Madrid desde las pequeñas poblaciones y aldeas de ambas Castillas, y aun de provincias lejanas.

Llenos de curiosidad circulaban los forasteros por calles y plazas e invadían las tiendas y los almacenes para enterarse de todo, contemplarlo y admirarlo.

Uno de estos rústicos entró por acaso en la tienda de un óptico en

el punto de hallarse allí una señora anciana que quería comprar unas gafas. Tenía muchas docenas extendidas en el mostrador; se las iba poniendo sucesivamente, miraba luego en un periódico, y decía:

—Con éstas no leo.

Siete u ocho veces repitió la operación, hasta que al cabo, después de ponerse otras gafas, miró en el periódico, y dijo muy contenta:

—Con éstas leo perfectamente.

Luego las pagó y se las llevó.

Al ver el rústico lo que había hecho la señora quiso imitarla y empezó a ponerse gafas y a mirar en el mismo periódico; pero siempre decía:

—Con éstas no leo.

Así se pasó más de media hora; el rústico ensayó tres o cuatro docenas de gafas, y como no lograba

leer con ninguna, las desechara todas, repitiendo siempre:

—No leo con éstas.

El tendero entonces le dijo:

—¿Pero usted sabe leer?

—Pues si yo supiera leer, ¿para qué había de mercar las gafas?

**Juan Valera.**



## CASTIGADO

Luis y María, dos chiquillos que viven al final de mi calle, van por la acera conversando alegremente.

Y es Luis quien ha tomado la palabra para relatar a su hermana lo que le aconteció en el colegio la tarde anterior.

—Figúrate — le dice, — que estando yo sentado delante de mi mesa...

El niño suspende el relato, porque María le ha soltado la mano y

se ha inclinado hacia el suelo para recoger una cosa.

—¿Qué es esto? —pregunta Luis.

—Una cáscara de naranja —responde la niña, arrojando ese despojo hacia la calle—. Son muy peligrosas esas cáscaras; las gentes pueden resbalar sobre ellas y caer.

Luis toma de nuevo el relato.

—Pues bien —dice— estando yo sentado delante de mi mesa, cuando ya me preparaba a concluir...

De nuevo interrumpe Luis el relato, porque María vuelve a inclinarse.

—¿Qué es ello ahora? —pregunta Luis.

—Un pedazo de vidrio, filoso y puntiagudo. Piensa nada más, si un pobre ciego pasa por aquí con los pies desnudos...

María toma cuidadosamente el vi-

drio y lo arroja bien lejos. Después dice a su hermano.

—Continúa, que ya te escucho.

—Pues sí —vuelve a decir Luisillo—; estando yo sentado frente a mi mesa, cuando ya me preparaba a comenzar el dibujo que. . .

—¡Otro vidrio! — grita María, agachándose nuevamente para recogerlo.

Pero esta vez, su hermano, con indignación no contenida, le dice:

—¡Si vuelves a inclinarte, ya no te cuento nada! . . .

María, dulcemente, y sin responder, lanza hacia la calle el vidrio y se apresta a escuchar de nuevo.

—Pues bien —dice Luis ya de mal humor — cuando me preparaba a comenzar el dibujo que. . .

¡Pum! ¡Patatrás!... ¿Qué pasa?... Es Luis, que ha resbalado sobre una

cáscara de plátano que estaba en la acera, y ha caído cuan largo es en el pavimento. Pero la postura en que ha quedado el chiquillo es tan cómica, que todos cuantos iban por la calle han tenido que detenerse para reír a carcajadas...

—¡Ya lo ves! —le dice María.

Y un loro parlanchín grita desde la ventana:

—¡Castigado!

**María Enriqueta.**

## EL POLICHINELA

El pequeño Enrique, acompañado de Amalia, su aya, va lentamente por la acera sin apartar los ojos del gran polichinela que lleva en la mano.

—Date prisa —dice a cada momento Amalia, dirigiéndose al niño—. Ya es muy tarde; apresúrate.

Después de cruzar algunas calles, el aya y Enrique se encuentran con un ciego.

El pobre hombre, con la mano tendida en el aire, implora la caridad.

—¡Señores, una limosna, por amor de Dios!...

La voz del ciego es suplicante, humilde, insinuada. Con los ojos empañados y tristes, mira hacia arriba, como invocando al cielo para que venga en su auxilio y le ayude a conmover los corazones de los hombres.

—¡Una limosna por amor de Dios!...

Pasan por la calle damas y damiselas elegantes, que llevan sombreros y collares vistosos; caballeros que lucen cadenas con dije; criados que vuelven del mercado, con los cestos llenos de frutas y legumbres; niñeras alegres, con delantales blanquísimos adornados de encajes.

Pero ninguno de los transeúntes, al pasar junto al ciego, se fija en él.

Todos parecen muy ocupados con su propia felicidad, y ésta no les de-

ja tiempo para pensar en la desgracia de los otros.

—¡Una limosna, por amor de Dios!... —repite el pobre desventurado—. ¡Una limosna!...

Aquella súplica es triste, es dolorosa, es irresistible.

Enrique, al oírla, aparta del polichinela sus ojos, y los fija en aquel infeliz.

Esa mano pálida, huesosa, suplicante, impresiona al delicado corazón del niño, y éste busca violentamente en su bolsillo alguna moneda que dar al ciego.

Pero en el bolsillo no encuentra moneda alguna; el bolsillo está vacío.

—Amalia —dice al aya—, dame algo para este pobre ciego...

Pero la joven, con harto senti-

miento, ve que no lleva nada tampoco.

Enrique, angustiado, clava los ojos en aquella mano suplicante, que se extiende en el vacío demandando una limosna que no llega de ninguna parte.

—¡Por el amor de Dios, señores, una limosnita!

El niño, en un arranque heroico, y no teniendo moneda alguna que dar al mendigo, alza el brazo y pone su polichinela en la mano del ciego.

—¿Qué es esto? — dice el hombre palpando el muñeco.

Amalia, enternecida, con los ojos llenos de lágrimas, le explica lo ocurrido.

Y entre grandes sollozos que obligan a la gente a detenerse, el ciego abraza al niño, diciendo:

—¡Bendito seas, angelito de Dios,

bendito seas!... ¡Este muñeco es la más hermosa limosna que he recibido en toda mi vida!...

Enrique sonríe, dichoso. Un caballero distinguido que ha presenciado la escena, se aproxima al ciego, y después de hablar con él unas palabras que nadie oye, le dice en alta voz:

—Venga usted conmigo, buen hombre. De hoy más tendrá usted casa, que yo le daré; y nada volverá a faltarle nunca.

Y en seguida, dirigiéndose al niño, exclama:

—Tu hermosa acción ha dado la dicha a este hombre, pues sólo por tu ejemplo he sido yo capaz de hacer una obra tan buena. ¡Que Dios te bendiga, y que esa bendición alcance a tus padres, que te dieron la existencia y que supieron educarte!

**María Enriqueta.**

101



## LA MUERTE DE LA HIGUERA

Las miradas cayeron en mala hora sobre aquella higuera viviendo en medio del patio, descolorida y nudosa a fuerza de la sequedad y los años. Mirada por este lado la cuestión, la higuera estaba perdida en el concepto público; pecaba contra todas las reglas del decoro y de la decencia; pero, para mi madre, era una cuestión económica, a la par que afectaba su corazón profundamente.

¡Ah, si la madurez de mi corazón

hubiese podido anticiparse en su ayuda, como el egoísmo me hacía o neutral o inclinarme débilmente en su favor, a causa de las tempranas brevas!

Querían separarla de aquella su compañera en el albor de la vida y el ensayo primero de sus fuerzas. La edad madura nos asocia a todos los objetos que nos rodean; el hogar doméstico se anima y vivifica; un árbol que hemos visto nacer, crecer y llegar a la edad proveyta, es ser dotado de vida, que ha adquirido derechos a la existencia, que lee en nuestro corazón, que nos acusa de ingratos, y dejaría remordimientos de conciencia, si la hubiésemos sacrificado sin motivo legítimo.

La sentencia de la vieja higuera fué discutida dos años; y cuando su defensor, cansado de la eterna lu-

cha, la abandonaba a su suerte, al aprestarse los preparativos de la ejecución, los sentimientos comprimidos en el corazón de mi madre estallaban con nueva fuerza, y se negaba obstinadamente a permitir la desaparición de aquel testigo y de aquella compañera de sus trabajos.

Un día, empero, cuando las revocaciones del permiso dado habían perdido todo prestigio, oyóse el golpe del hacha en el tronco añoso del árbol, y el temblor de las hojas sacudidas por el choque, como los gemidos lastimeros de la víctima.

Fué éste un momento tristísimo, una escena de duelo y de arrepentimiento. Los golpes del hacha higericida sacudieron también el corazón de mi madre, las lágrimas asomaron a sus ojos, como la savia del árbol, que se derramaba por la herida, y

sus llantos respondieron al estremecimiento de las hojas; cada nuevo golpe traía un nuevo estallido de dolor, y mis hermanas y yo, arrepentidos de haber causado pena tan sentida, nos deshicimos en llanto, única reparación posible del daño comenzado.

Ordenóse la suspensión de la obra de destrucción, mientras se preparaba la familia para salir a la calle y hacer cesar aquellas dolorosas repercusiones del golpe del hacha en el corazón de mi madre. Dos horas después la higuera yacía por tierra enseñando su copa blanquecina, a medida que las hojas, marchitándose, dejaban ver la armazón nudosa de aquella estructura que por tantos años había prestado su parte de protección a la familia.

**Domingo F. Sarmiento.**

FABULAS



## EL HERRERO Y EL PERRO

Un herrero tenía  
un perro que no hacía  
sino comer, dormir y estar echado.  
De la casa jamás tuvo cuidado.  
Levantábase sólo a mesa puesta:  
entonces con gran fiesta  
al dueño se acercaba,  
con perrunas caricias lo halagaba,  
mostrando de cariño mil excesos  
por pillar las piltrafas y los huesos.  
“He llegado a notar — le dijo el amo—,  
que aunque nunca te llamo,

a la mesa te llegas prontamente:  
en la fragua jamás te vi presente.  
Y yo me maravillo  
de que, no despertándote el martillo,  
te desveles al ruido de mis dientes.  
¡Anda, anda, poltrón; no es bien que  
(cuentas  
que el amo, hecho un gañán y sin reposo,  
te mantiene a lo conde muy ocioso!”

El perro le responde:

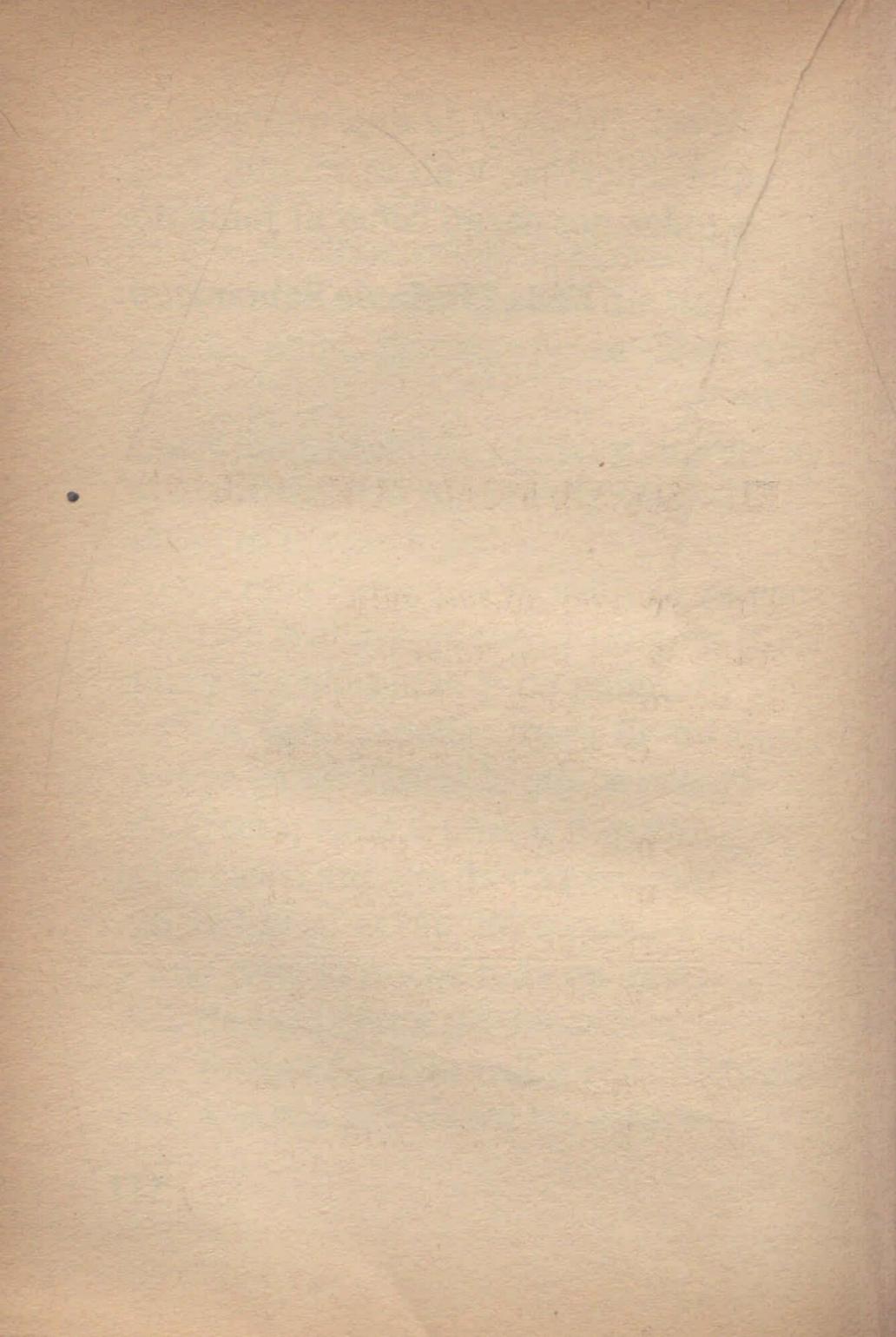
“¿Qué más tiene que yo cualquiera con-  
Para no trabajar, debo al Destino (de?  
haber nacido perro y no pollino.”

“¡Pues, señor conde, fuera de mi casa!  
¡Verás en las demás lo que te pasa!”

En efecto; salió a probar fortuna,  
y las casas anduvo de una en una:  
allí le hacen servir de centinela  
y que pase la noche toda en vela;  
acá, de lazarillo y de danzante;  
allá, dentro de un horno, a cada instante  
asa la carne que comer no espera.

Al cabo conoció de esta manera  
que el destino, y no es cuento,  
a todos nos cargó como al jumento.

**Félix María de Samaniego.**



## EL OSO, LA MONA Y EL CERDO

Un Oso, con que la vida  
ganaba un piamontés,  
la no muy bien aprendida  
danza, ensayaba en dos pies.

Queriendo hacer de persona  
dijo a una Mona: “¿Qué tal?”  
Era perita la Mona.  
Y respondióle: “Muy mal”.

“Yo creo — replicó el Oso—,  
que me haces poco favor.

Pues qué, ¿mi aire no es garboso?  
¿No hago el paso con primor?"

Estaba el Cerdo presente,  
y dijo: "¡Bravo! ¡Bien va!  
¡Bailarín más excelente  
no se ha visto ni verá!"

Echó el Oso, al oír esto,  
sus cuentas allá entre sí,  
y con ademán modesto,  
hubo de exclamar así:

"Cuando me desaprobaba  
la Mona, llegué a dudar:  
mas ya que el Cerdo me alaba,  
muy mal debo de bailar".

Guarde para su regalo  
esta sentencia un autor:  
Si el sabio no aprueba, ¡malo!  
si el necio aplaude, ¡peor!

**Tomás de Iriarte**

## EL VIEJO, EL NIÑO Y EL BURRO

Iban un viejo y un chico  
Por esos mundos de Dios,  
Y acompañando a los dos  
Iba también un borrico.

El vejete ya encorvado,  
Iba a pie con mucha paz,  
Y mientras tanto el rapaz  
Iba en el burro montado.

Vieron esto ciertas gentes  
De no sé qué población,

Y con acento burlón  
Exclamaron impacientes:

—“¡Mire usted el rapazuelo  
Y qué bien montado va,  
Mientras de viejo que está  
Andar no puede el abuelo!

¿No era mejor que el chiquillo  
Siguiera a pie de reata  
Y que el viejo que va a pata  
Montara en el borriquillo?”

El anciano que esto oyó  
Dijo al muchacho — “Discurro  
Que hablan bien: baja del burro,  
Que voy a montarlo yo”.

El niño sin impugnallo,  
Bajó del asno al instante,  
Y echó a andar, mientras boyante,  
Iba el abuelo a caballo.

—“¡Vaya un cuadro singular  
Y un chistoso viceversa!  
(Dijo otra gente diversa,  
Que así los vió caminar):

¡Mire usted el vejarrón  
Y cómo va cabalgando,  
Mientras el chico va dando  
tropezón tras tropezón!

¿No era mejor que el vejete  
¡Maldito sea su nombre!  
Fuese a pie, que al fin es hombre,  
Y no el pobre mozalbete?”

—“¡Alabado sea Dios!  
Dijo el viejo para sí:  
¿Tampoco les gusta así?  
¡Pues nada! a montar los dos”.

Esto dicho, de la chupa  
Tiró el muchacho, y subióle

De un brinco arriba, y montóle  
Muy sí señor en la grupa.

—“¡Perfectamente! exclamaron,  
Soltando la taravilla,  
Los de otro lugar o villa  
Con los cuales se encontraron:

¿Habría cosa más bestial,  
Aunque sea pasatiempo.  
Que montar los dos a un tiempo  
En ese pobre animal?

¿No era mejor, voto a bríos,  
Que alternasen en subir,  
Y no que el burro ha de ir  
Cargado así con los dos?”

—“Cosa es que ya me encocorā,  
Exclamó el viejo bufando:  
Bajemos los dos... ¡y andando!  
A ver qué dicen ahora”.

Y uno y otro descendieron,  
Y a pie empezaron a andar,  
Y...—“¡Bien! ¡Muy bien! ¡Vaya un par!”  
Otras gentes les dijeron:

¡Es posible que se dé  
Quién así busque molestias?  
¡Qué majaderos! ¡Qué bestias!  
Tienen burro y van a pie”.

Cargado entonces del todo,  
Dijo el viejo: — “¡Voto va!  
¿Con que no podemos ya  
Acertar de ningún modo?”

Hagamos lo que nos cuadre  
Sin hacer caso el menor  
De ese mundo charlador,  
Llore o ría, grite o ladre.

Esté limpia la conciencia,  
Que es el deber principal,

Y en lo demás cada cual  
Consulte su conveniencia.

Por nada, pues ya me aburro  
En un mundo tan ruin:  
Con que... arriba, chiquitín,  
Que es lo mejor. — ¡Arre burro!"

No trates con el bruto ni un minuto,  
Pues no conseguirás la alta corona  
De hacerte tú, persona,  
Y puede suceder que él te haga **bruto**

**Miguel A. Príncipe.**

## EL COMPRADOR Y EL HORTERA

Cuentecillo forjado por deleite  
Parecerá sin duda la contienda  
Que se trabó en Madrid, en una tienda  
De vinagre y aceite.

Despachaba en la calle de Torija  
Líquidos, un muchacho madrileño;  
Y otro, según traza, lugareño,  
Fué por aceite allí con su vasija.

“—Tú, cara de lechuza,  
Dijo sin aprensión el forastero,

Despáchame ligero;  
Lléname bien la alcuza”.

“—Cuando sepas hablar en castellano,  
Le replicó el hortera,  
Sabrás que lo que tienes en la mano,  
Se llama la aceitera”

“—En toda tierra que garbanzos **oría,**  
Contestó el provincial enardecido,  
Alcuza siempre ha sido,  
Y alcuza la nombramos en el día”.

“—En tierra, dijo el otro, de garbanzos,  
Corre por aceitera solamente;  
Y quien le ponga nombre diferente,  
Ha nacido entre malvas y mastranzos”.

El patán en sus trece se mantuvo;  
Le rechazaba el horterilla listo,  
Se incomodaron, y hubo,  
Por consiguiente, la de Dios es Cristo.

A las voces y apodos  
**Cachetina** siguió larga y furiosa;  
Todo por una cosa  
**Que** se puede llamar de entrambos  
(modos.

Pueril extravagancia  
**Es**, pero comunísima en el hombre,  
**No** poner en duda la sustancia,  
y reñir por el nombre.

**Juan E. Hartzenbusch.**



## LA CARAMBOLA

### El Chico, el Mulo y el Gato.

Pasando por un pueblo un maragato,  
llevaba sobre un mulo atado un gato,  
al que un chico, mostrando disimulo,  
le asió la cola por detrás del mulo.

Herido el gato, al parecer sensible,  
pególe al macho un arañazo horrible;  
y herido entonces el sensible macho,  
pegó una coz y derribó al muchacho.

Es el mundo a mi ver, una cadena,  
do, rodando la bola,  
el mal que hacemos en cabeza ajena,  
refluye en nuestro mal, por carambola.

**Ramón de Campoamor**

## EL EJEMPLO

Cuenta un autor, cuyo nombre no conservo en la memoria, porque fácilmente al hombre se le va el santo a la gloria; cuenta, repito, que un día en una ciudad que expresa, se sentó como solía una familia a la mesa.

Según los datos completos que tenemos a la vista, constaba de los sujetos que marca la adjunta lista: un viejo temblón y cano, dos esposos, por lo visto

hijo y nuera del anciano,  
y un niño travieso y listo.

Cada cual con mucho celo  
el estómago repara;  
mas hete que al pobre abuelo  
se le escurre la cuchara,  
y como ésta es de metal,  
hace doscientos añicos  
un plato de pedernal,  
por más señas, de los ricos.

El marido y la mujer  
gritan con mil desacatos:  
—¡A ese modo de romper  
no ganamos para platos!

Continuó la pelotera,  
y cuentan que al otro día  
en un plato de madera  
el pobre viejo comía;  
mas tan mal se las compuso,  
como estaba tan temblón,  
que pan y manteles puso  
hechos una perdición.

—¡Esto ya pasa de raya!  
—gritan marido y mujer—:  
levántese usted y vaya  
a la cocina a comer;

y si allí no le conviene,  
vaya a comer al establo,  
que a todos dados nos tiene  
con su suciedad al diablo.

En cuanto oyó este consejo  
o más bien este mandato,  
bajó la cabeza el viejo  
y se largó con su plato;  
y desde aquella función  
despachaba en la cocina  
tristemente su ración  
por evitar tremolina.

Llorando el anciano un día  
la ingratitud de sus hijos,  
sus tristes ojos tenía  
el pobre en su nieto fijos.

Y al ver que un madero grueso  
el niño afanoso esconde,

le dice: — ¿Para qué es eso?

Y su nieto le responde:

—De este madero saldrá  
un plato de buena clase  
para que papá y mamá  
coman cuando yo me case.

Y exclama el mísero anciano:  
—¡Hará lo que hacen conmigo!  
¡Dios mío! ¡Tu santa mano  
puso en la culpa el castigo!

**Antonio de Trueba.**

## EL TOPO Y OTROS ANIMALES

Ciertos animalitos,  
todos de cuatro pies,  
a la gallina ciega  
jugaban una vez.

Un perrillo, una zorra  
y un ratón, que son tres;  
una ardilla, una liebre  
y un mono, que son seis.

Este a todos vendaba  
los ojos, como que es  
el que mejor se sabe  
de las manos valer.

Oyó un topo la bulla

y dijo: "Pues, pardiez,  
que voy allá, y en rueda  
me he de meter también."

Pidió que le admitiesen;  
y el mono, muy cortés,  
se lo otorgó (sin duda,  
para hacer burla de él).

El topo a cada paso  
daba veinte traspiés,  
porque tiene los ojos  
cubiertos de una piel.

Y a la primera vuelta,  
como era de creer,  
facilísimamente  
pillan a su merced.

De ser gallina ciega  
le tocaba la vez;  
y ¿quién mejor podía  
hacer este papel?

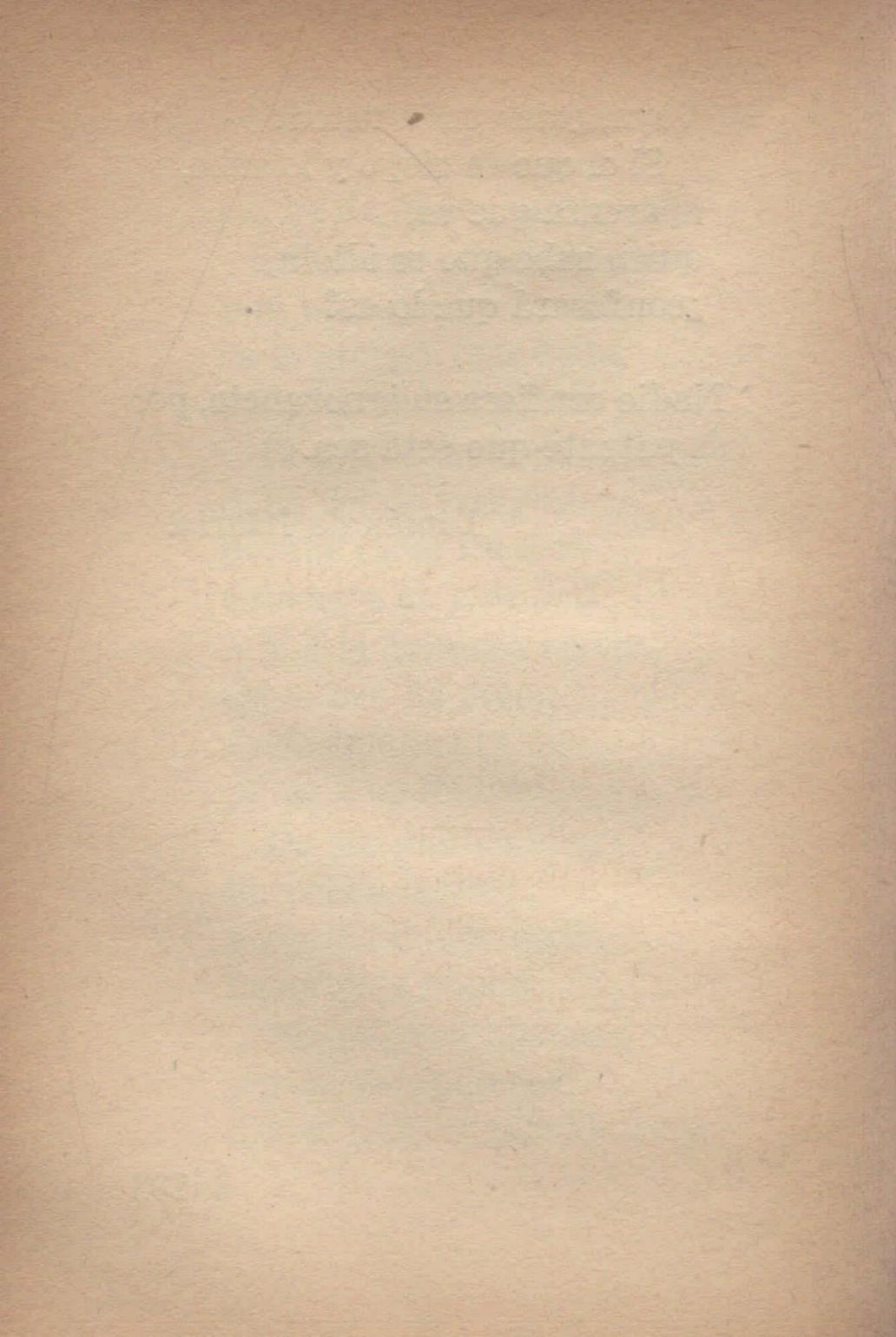
Pero él, con disimulo  
por el bien parecer,  
dijo al mono: "¿Qué hacemos?"

Vaya, ¿me venda usted?

Si el que es ciego y lo sabe,  
aparenta que ve,  
quien sabe que es idiota,  
¿confesará que lo es?

Nadie confiesa su ignorancia, por  
nás patente que ésta sea.

Tomás de Iriarte.



## LA PEONZA Y LA PERINOLA

La rebelde, la rústica Peonza  
Dijo a la Perinola con enfado  
Allá en su jerigonza:  
—Suerte bien desigual nos ha tocado.  
A ti con mucho mimo,  
Cuando te hacen andar, te dan impulso,  
Entre los dedos revolviendo tu eje:  
No se me trata a mí con tanto pulso.  
Yo, cuando me andan, gimo  
Al compás de la bárbara correa,  
Conque un muchacho hereje

Me arrima cada golpe que me brea;  
Y cuanto más el movimiento animo,  
Con más ciego furor me zarandea.

—Querida—respondió la Perinola—

En ti consiste sola

El trato que te dan: tú lo evitaras,

A ser juguete, como yo, ligero;

Mas, ¿qué han de hacer contigo,

Sin en apartando el látigo te paras?

Yo, sin embargo, consolarte espero.

Nuestro papá el tornero

Puede, si se lo digo

Y quieres animosa decidirte,

Quitarte la madera que te sobra,

Y en ágil perinola convertirte.

—¡Friolera es la obra!

—exclamó la Peonza sofocada—;

Prefiero que el zurriago me atormente,

A sufrir que la gubia me hinque el dien-

¡No sabes ni empezar el catecismo, (te,

Y al preceptor acusas de inclemencia!  
Quéjate de ti mismo:  
Para buen colegial no hay penitencia.

**Juan E. Hartzenbusch.**



**PARA RECITAR**



## EL JILGUERO

En la llama del verano,  
que ondula con los trigales,  
sus regocijos triunfales  
canta el jilguerillo ufano.

Canta, y al son peregrino  
de su garganta amarilla  
trigo nuevo de la triila  
tritura el vidrio del trino.

Y con repentino vuelo  
que lo arrebató, canoro,  
como una pavesa de oro  
cruza la gloria del cielo.

Leopoldo Lugones.

THE [illegible]

[illegible text]

[illegible text]

[illegible text]

[illegible text]



## LAS CANCIONES DE NATACHA

### I

Se enojó la luna,  
Se enojó el lucero,  
Porque esta niñita  
Riñó con el sueño.

Duérmete, Natacha,  
Para que la luna  
Se ponga contenta  
Y te dé aceitunas.

Duérmete, Natacha,  
Para que el lucero

Te haga una almohadita  
De albahaca y romero.

II

La loba, la loba  
Le compró al lobito  
Un calzón de seda  
Y un gorro bonito,

La loba, la loba  
Se fué de paseo  
Con su traje rico  
Y su hijito feo.

La loba, la loba  
Vendrá por aquí,  
Si esta niña mía  
No quiere dormir.

### III

El sueño hoy no quiere  
Venir por acá,  
Anda ratoncito  
A ver dónde está.

—Señora, mi ama,  
Yo lo vi bailar  
Con las damas rubias  
En la casa real.

—Dile que Natacha  
Se quiere dormir;  
Que mi niña es buena  
Como un serafín.

—Que venga en seguida  
Y le daré yo  
Un collar de plata  
Y un limón de olor.

#### IV

Por los caminitos  
De Jerusalén  
Va un niño rubio  
Camino a Belén.

Le dan los pastores  
Torta de maíz,  
Leche de sus cabras  
Y pan con anís.

El niño tiene  
Los rizos de luz,  
Duérmete, Natacha,  
Sueña con Jesús.

#### V

Señor jardinero,  
Déme usted a mí

Un capullo pálido  
Y otro carmesí.

Los pondré en la almohada  
Donde mi Natacha  
Hunde su mejilla  
Rosadita y blanca.

Y al día siguiente  
Tendrá usted así  
Dos rositas blancas  
Y dos carmesí.

## VI

La Señora Luna  
Le pidió al naranjo  
Un vestido verde  
Y un velillo blanco.

La Señora Luna  
Se quiere casar

Con un pajecito  
De la casa real.

Duérmete, Natacha,  
E irás a la boda  
Peinada de moño  
Y en traje de cola.

**Juana de Ibarbourou.**

## CANCIONES INFANTILES

Trisca el cabritillo  
por el prado en flor  
(oigo tu cuchillo  
sacrificador).

Corre, trepa, escapa  
que llega y te atrapa.

Sueña la paloma  
sobre rama en flor  
(tu escopeta asoma.  
pillo cazador).

Parte, vuela, escapa  
que llega y te atrapa,

Mariposa, juegas  
cercando la flor.  
(Tu malla despliegas  
coleccionador).

Vuela, sube, escapa  
que llega y te atrapa

**Rafael Alberto Arrieta.**

## **CULTIVO UNA ROSA BLANCA**

Cultivo una rosa blanca,  
en julio como en enero,  
para el amigo sincero  
que me da su mano franca.

Y para el cruel que me arranca  
el corazón con que vivo,  
cardo ni ortiga cultivo:  
cultivo la rosa blanca.

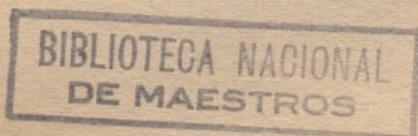
**José María Martí.**



## ABUELITA

Quién subiera tan alto  
como la luna  
para ver las estrellas  
una por una,  
y elegir entre todas  
la más bonita  
para alumbrar el cuarto  
de la abuelita.

**Tomás Allende Irigorri.**





INDICE



## LENGUAJE

Las letras .....	7
Las vocales; las consonantes .....	8
Las palabras y las sílabas .....	9
Palabras de una sola sílaba .....	10
Palabras de dos sílabas .....	10
Palabras de tres sílabas .....	11
Palabras de más de tres sílabas .....	11
Ejercicios .....	12
Uso de la <i>r</i> .....	17
Vocales fuertes contiguas .....	18
Vocales fuertes con interposición de <i>h</i> o sin ella .....	18
Palabras con las que no se debe for- mar diptongo .....	19

### *EXPLICACION DE TERMINOS*

La cometa .....	21
Los caballitos o el tiovivo .....	22
"Caballitos", de Antonio Machado ..	22

	Pág.
La gallina ciega .....	24
Para recitar: Tomás de Iriarte .....	25
El trompo .....	26
La lluvia; vocabulario .....	27
El moblaje .....	28
Para recitar: Arturo Capdevila .....	29
Los oficios .....	31
Vocabulario .....	33
Voces de animales .....	36
El reloj; vocabulario .....	38
Arboles frutales .....	41
Sabor .....	43
Color .....	44
Oficios .....	45
Arboles .....	46
Utensilios de cocina y de la mesa .....	46
Coordinar oraciones .....	47

## LITERATURA

La abeja haragana, de Horacio Quiroga	51
La tortuga gigante, de H. Quiroga ...	65
Las medias de los flamencos, de Horacio Quiroga .....	79
Las gafas, de Juan Valera .....	89
Castigado, de María Enriqueta .....	93
El polichinela, de María Enriqueta ..	97
La muerte de la higuera, Domingo F. Sarmiento .....	103

*FABULAS*

El herrero y el perro, de Samaniego ..	109
El oso, la mona y el cerdo, de Iriarte .	113
El viejo, el niño y el burro, de Miguel A. Príncipe .....	115
El comprador y el hortera, de Juan E. Hartzenbusch .....	121
La carambola, de R. de Campoamor ..	125
El ejemplo, de Antonio de Trueba ....	127
El topo y otros animales, de Iriarte ..	131
La peonza y la perinola, de Juan E. Hartzenbusch .....	135

*PARA RECITAR*

El jilguero, de Leopoldo Lugones ....	141
Las canciones de Natacha, de Juana de Ibarbourou .....	143
Canciones infantiles, de Rafael Alber- to Arrieta .....	149
Cultivo una rosa blanca, de José Ma- ría Martí .....	151
Abuelita, de Tomás Allende Irigorri .	153



ESTE LIBRO SE TERMINO  
DE IMPRIMIR EN LOS TA-  
LLERES GRAFICOS DE LA  
EDITORIAL TOR EL DIA 15  
DEL MES DE MARZO DEL  
AÑO MIL NOVECIENTOS  
CUARENTA



## LECTURAS INFANTILES

**E. DE AMICIS, Corazón.**

Un libro encantador, lleno de emocionantes pasajes.

**M. DANTAS LACOMBE, El grumete de la Santa María.**

Bella colección de cuentos a, cual más apasionante.

**SAMANIEGO, Fábulas ilustradas.**

La mejor colección que se ha hecho de este autor.

**IRIARTE, Fábulas ilustradas.**

Hermosísimo conjunto, lleno de morales enseñanzas.

**ESOPO, Fábulas ilustradas.**

Las más antiguas, las más célebres... y las mejores.

**JUAN MANUEL, El Conde Lucanor.**

Una ingeniosísima joya de la literatura clásica.

**ALARCON, El Capitán Veneno.**

Otra joya literaria, ya en camino de ser clásica.

**SARMIENTO, Recuerdos de Provincia.**

Emotiva obra, que debe leer todo niño argentino.

**CANE, Juvenilia.**

Divertido relato de la vida estudiantil del autor.

**SWIFT, Viajes de Gulliver.**

Fantásticas aventuras en un gran país maravilloso.

**KIPLING, El libro de las tierras vírgenes.**

Obra encantadora, que nos hace amar la naturaleza.

**DE FOE, Robinsón Crusoe.**

Odisea de un marino solitario en una perdida isla.

**CADA TOMO \$ 1.-**

En las buenas librerías o en la

**Maipú 241 - Editorial TOR - Bs. Aires**